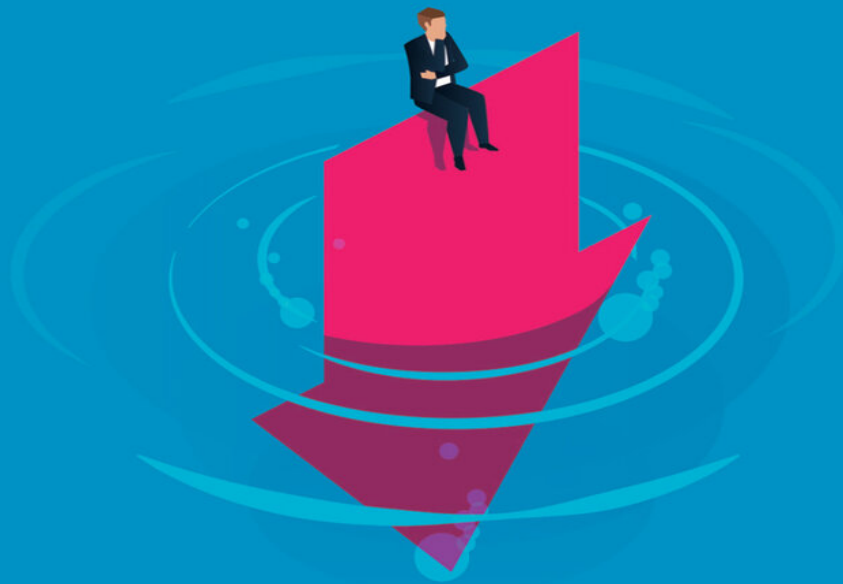


JULIÁN ZÍCARI

CRISIS ECONÓMICAS ARGENTINAS DE MITRE A MACRI



Este libro nace de una certeza sobre las crisis económicas: o bien se las comprende para evitarlas o bien estaremos condenados a repetirlas. Y la Argentina, hasta ahora, parece empeñarse en esta última opción.

En los 160 años que estudia este libro (1860-2020), el país ha sufrido 16 crisis económicas: una crisis en promedio cada 10 años. Si bien este es un número muy alto y preocupante, la cosa es mucho peor cuando se consideran los últimos 45 años: han ocurrido 7 crisis económicas, es decir, un colapso promedio cada 6 años y medio. Un número realmente estremecedor y difícil de encontrar en otra parte del mundo.

Este libro se propone estudiar y comprender estas crisis económicas, buscando elementos que permitan evitarlas en el futuro. Para ello, se repasan y analizan los componentes que tienen en común, se trazan tipologías, se debaten modelos explicativos y se señalan los principales puntos de vulnerabilidad que hicieron posibles tantas catástrofes económicas en nuestra historia.

El autor complementa con explicaciones sociológicas que tienen en cuenta a los actores sociopolíticos, las disputas de poder, y cuestiones tan importantes como el fenómeno de dolarización de nuestra economía. Así, este es el primer libro que da un tratamiento integral a la cuestión más importante de la economía y la sociedad argentina





Julián Zícarí es doctor en Ciencias Sociales, magíster y especialista en Historia Económica. Además es licenciado en las carreras de Economía, Psicología, Historia y Filosofía, todas ellas en la UBA. Es docente en dicha universidad como también en la UNDAV. Es investigador del Conicet y suele publicar sobre conflictos sociopolíticos argentinos, filosofía política y problemas de historia económica en revistas y libros. Ha publicado también con Editorial Continente *Camino al colapso. Cómo llegamos los argentinos al 2001*.

Julián Zícari

Crisis económicas argentinas

De Mitre a Macri

 Peña Lillo
 Ediciones Continente

Índice

Cubierta

Contratapa

Biografía del autor

Portada

Dedicatoria

Introducción. ¿Alguien dijo crisis en la Argentina?

Crisis: cambio, peligro, quiebre y ¿oportunidad?

¿Qué es una crisis económica?

Argentina y sus crisis: tres modelos y un solo problema

El recorrido propuesto

Capítulo 1. Las crisis del modelo agroexportador:

liberalismo y vulnerabilidad externa (1860-1930)

Teoría y práctica del modelo agroexportador

Fortalezas y debilidades del MAE: una evaluación

Las seis crisis del MAE

La lógica de las crisis económicas durante el MAE: las perturbaciones externas

Capítulo 2. Las crisis durante la industrialización por sustitución de importaciones: desarrollarse a los golpes (1930-1975)

La industrialización como paradigma

¿Para qué la industria? Un debate sobre el tema

Las cuatro crisis de la ISI

Ciclos de *stop and go*: la lógica de las crisis de balance de pagos

Capítulo 3. Las crisis en la valorización financiera: especulación, deuda y neoliberalismo (1975-2020)

Una nueva lógica económica: especulación,
endeudamiento y fuga
Los supuestos del neoliberalismo y sus contrastes
empíricos
Las seis crisis económicas de la VAFI
La lógica de las crisis durante la VAFI: corridas y
golpes de mercado
Capítulo 4. Tipología y características de las crisis
argentinas
Una tipología posible de las crisis en el país
Los tres modelos económicos y las crisis: una
evaluación de desempeño
Las crisis argentinas y los problemas externos: la falta
de divisas
Las crisis argentinas y los problemas internos: la
dolarización
Las crisis económicas y las crisis políticas: la
hegemonía imposible
Conclusión. Crisis económicas: repetir o aprender
Agradecimientos
Bibliografía
Créditos
Otros títulos de esta editorial

*A Mario Rapoport y Alfredo Pucciarelli, maestros
argentinos*

INTRODUCCIÓN

¿Alguien dijo crisis en la Argentina?

El mejor momento de la historia es cuando todo se colapsa porque significa que algo nuevo está a punto de nacer.

Julian Barnes

Un fantasma recorre la sociedad argentina. Es el fantasma de la crisis económica. Nuestro país parece estar convencido, invariablemente del gobierno que se trate, de que alguna catástrofe económica ocurrirá. Como si la Argentina estuviera presa de una suerte de hechizo metafísico, en el que siempre algún tipo de *clash* o quiebre inminente sucederá: una devaluación sorpresiva que haga que el precio de la divisa se dispare, algún tipo de restricción bancaria (como el “corralito”), límites a la compra de divisas (llamada cepo o control de cambios), algún bono compulsivo para los depósitos (como el plan Bonex), controles en el comercio exterior (como las

retenciones o los permisos de importación) o una interrupción de los pagos en la deuda del gobierno (*default*) suelen ser los temas más escuchados cuando de materia económica se trata. Y no es algo solo escuchado en los medios de comunicación, sino que también es una preocupación recurrente de muchas personas y sectores económicos.

Pero hay otros rumores (quizás demasiados) que emergen como su correlato y con los que también nos bombardean permanentemente, dado que son temas que nos tocan muy de cerca: quiebras de empresas masivas, caída del salario, descontrol inflacionario, aumento del desempleo, emisión irresponsable, restricción externa, suba de la pobreza, “aislamiento del mundo”, gobiernos provinciales emitiendo cuasimonedas o la “necesidad” de implementar recortes en el gasto público. Todos estos problemas los hemos escuchado de sobra y en muchos casos, directamente, los hemos padecido en carne propia.

Estos temores, de alguna u otra manera, están ligados a las crisis económicas, ya que suelen ser causas o consecuencias de esas crisis, afectando de manera directa o indirecta nuestro modo de vida. Pues de dichos elementos depende saber si podremos irnos de vacaciones, si es un buen momento para mudarse, hacer alguna compra importante o, en otros casos, si alcanzará para llegar a fin de mes y comer.

En la Argentina parece definitivamente que hemos aprendido a convivir con el fantasma de la crisis económica como si fuera parte de nuestro ADN. Los datos al respecto son espeluznantes. Desde la unificación nacional en 1860 hasta la actualidad, en 2020, han pasado 160 años. En dicho periodo se produjeron dieciséis crisis económicas, lo

que da un promedio de ocurrencia de una crisis cada 10 años.

Sin embargo, la situación es todavía mucho peor si evaluamos lo sucedido en los últimos 45 años (desde 1975 en adelante). Aquí el vértigo se acelera, ya que han irrumpido siete crisis económicas de importancia. Es decir, hemos sufrido algún tipo de colapso cada 6 años y medio. Lo cual no es poco, sino un hecho muy grave que debe preocuparnos y llamarnos la atención. Por eso también la importancia del objetivo de este libro acerca del estudio de las crisis económicas en nuestra historia.

Aquí se buscará repasar cada una de esas crisis, investigar sus causas, discutir sus interpretaciones, intentar trazar semejanzas y tipologías, así como también comprender las raíces profundas que guardan en los distintos casos. De esta manera, buscando sistematizar y entender las diferentes crisis del país y sus motivos, tal vez podamos estar mejor prevenidos en el futuro sobre cómo sobrellevarlas, rastrear sus indicios o cuáles son sus síntomas para poder anticiparnos. O mejor aún: saber qué hacer para evitarlas.

En este sentido, dada la importancia del tema, este es un libro académico que buscará abrirse a todo el mundo, en un lenguaje llano y simple, para que sean más sencillas de entender las explicaciones y los debates, descomprimiendo los tecnicismos o los conceptos con los cuales no todo el mundo suele estar familiarizado. Se hablará de un modo claro y accesible, ofreciendo cuadros, gráficos y resúmenes de los distintos temas abordados.

Crisis: cambio, peligro, quiebre y ¿oportunidad?

La palabra *krisis* viene del griego y su vocablo deriva del verbo *krinein*, que entre otras cosas significa “separar”. Por ello, una crisis, en una de sus acepciones, refiere a un cambio importante, en principio sin prejuzgar si es para bien o para mal. Aunque generalmente tiene un sentido negativo, como si fuera un sinónimo de “situación difícil o complicada”, gracias a un discurso que John F. Kennedy utilizó durante su campaña presidencial en 1959, se hizo popular la idea de que “crisis”, en chino, significaba tanto “peligro” como “oportunidad”. Lo cual es un error, pues, en dicho idioma, la composición del concepto de “crisis” tiene dos caracteres: uno generalmente asociado a lo riesgoso, la muerte o el peligro, y otro ligado a la temporalidad (este carácter, justamente, es uno de los dos que conforman el concepto de “oportunidad”, pero de modo aislado no significa eso). Por lo cual, en chino, la palabra “crisis”, en realidad, se acerca más bien a la idea de vivir un momento peligroso, un tiempo incierto o una coyuntura crítica, donde el riesgo es realmente grande, pues la muerte o el final de algo están cerca.

En otro orden, hablar de crisis también refiere a un tiempo en el cual uno o varios aspectos de la vida o de la realidad que creemos medianamente organizados se vuelven inestables o inciertos. Es el momento en que afloran las debilidades y se vislumbran, como su consecuencia, cambios críticos en alguna estructura social (ya sea política, económica u otro tipo de institución o de relación social). Así, su dinámica o evolución se ven finalmente afectadas. Ello implicará modificaciones irreversibles o muy profundas en nuestra forma de vivir la vida. Es decir, cuando hablamos de crisis parece referir a sufrir situaciones de vulnerabilidad, en las cuales los parámetros de la resolución futura no son claros ni

automáticos, sino que se perciben quiebres que afectarán los modos de funcionamiento hasta ese momento habituales. Lo que vendrá no es claro, sino incierto o incluso peligroso, ya que no se sabe qué pasará. Por todo esto, las crisis suelen implicar cambios súbitos, profundos y violentos, que señalan consecuencias transcendentales. Incluso, a veces, cuando se habla de las diversas crisis sociales, no se está lejos también de hablar de revoluciones y de todas las transformaciones abruptas que ello implica. En consecuencia, a veces una crisis no es otra cosa que sacudir una forma de vida o desestabilizar los esquemas de funcionamiento que sostienen un orden dado.

Siguiendo esta idea, en muchos aspectos de la vida usamos la palabra “crisis” como si fuera el sinónimo de un trauma: cuando las dificultades aumentan más allá de lo tolerable y entonces se vuelven tiempos de emergencia, excesivamente complejos, de mucha gravedad y que ponen en peligro el normal desenvolvimiento de los procesos. En todo caso, una crisis es un momento decisivo que, mirado en retrospectiva, suele marcar quiebres y separar etapas, ya que entre los diversos ciclos de la vida, de la política o de la economía, muchas veces lo que distingue el final de un proceso y el nacimiento de otro es, justamente, la irrupción de un colapso. De esta manera, a veces son las crisis las que ponen de manifiesto que una determinada configuración, ordenamiento o lógica de funcionamiento no puede proseguir, sino que sus dinámicas, elementos internos o contextuales están imposibilitados de continuar como hasta ese momento lo hacían. De ahí el quiebre y la transformación.

En todo caso, y más allá de lo antes dicho, por las rupturas que ofrecen, las crisis son presentadas insistentemente como auténticas oportunidades. No es

casualidad que la idea de asociar la traducción china de dicha palabra con “peligro” y “oportunidad” se haya popularizado tanto. Es que las crisis a veces nos obligan a cambiar, a ponernos a prueba o a dejar atrás etapas de la vida y así superarnos y crecer. Es en este sentido que en los libros ligados a la autoayuda, en los manuales de superación personal o en los estudios sobre liderazgo las crisis sean evocadas de modo tan positivo. Porque son los momentos turbulentos, inciertos y en los que se vive bajo presión, se dice allí, donde sale lo mejor de nosotros. Lo que nos obliga a aprender, a abandonar nuestra “zona de confort” y probar alternativas que permitan que irrumpa la novedad, emergiendo de allí siempre figuras superadoras, más estables y con más recursos. Así, en 1937, en un libro titulado *Piense y hágase rico*, su autor, Napoleón Hill, le recomendaba a sus lectores: “Recuerde que todos los que consiguen triunfar tienen un mal comienzo y pasan por muchas dificultades antes de ‘llegar’. El cambio en la vida de la gente de éxito suele surgir en el momento de alguna crisis, a través de la cual les es presentado su ‘otro yo’”.

Se le atribuye al inventor Thomas Edison una famosa respuesta, con respecto a cómo hacía para reponerse después de tantos fracasos previos a sus invenciones: “No he fracasado, he encontrado 10.000 maneras en las que esto no funciona”. El líder político Winston Churchill definía al éxito como “la capacidad de ir de fracaso en fracaso sin perder el entusiasmo”. E incluso Albert Einstein afirmaba que “sin crisis no hay méritos. Es en la crisis donde aflora lo mejor de cada uno, porque sin crisis todo viento es caricia”.

Sin embargo, por más que se quiera embellecer los significados de las crisis a nivel personal o incluso existencial, en ciencias sociales las crisis ciertamente son

tiempos devastadores y oscuros. En política, por ejemplo, son momentos de tensión social, revueltas, conflictos e incluso suelen implicar represión, golpes de Estado o muertos. Y en economía, lo que nos interesará en este libro, las crisis no son mejores tampoco, pues sus consecuencias se ligan a la caída de los salarios, el aumento de la pobreza, el hambre, el desempleo, quiebres de empresas y la pauperización social. No suelen ser tiempos virtuosos. Por ello, es difícil pensar entonces las crisis de forma inspiradora o como momentos positivos, o incluso como deseables, más allá de que algunos teóricos insistan en ello.

¿Qué es una crisis económica?

En cada campo de la vida los tiempos de crisis pueden ser definidos de diversas maneras, pues existen elementos que le son propios a cada uno de ellos. Existen crisis políticas, crisis sanitarias, crisis sociales, crisis personales, crisis en el arte o incluso al interior de un paradigma científico. Es imposible dar una definición única del concepto de crisis porque los ámbitos de la vida que pueden verse atravesados son muy amplios y diversos. Por ello, dicho concepto, en el campo económico, tiene sus particularidades propias.

Ahora bien, una vez que se admite que en economía hablar de una crisis no puede ser lo mismo que hablar de una crisis ambiental, los problemas no son igualmente tan fáciles de dilucidar. Por empezar, porque las diferentes áreas del terreno económico parecen tener sus propias características, que les otorgarían especificidades difíciles de generalizar a todas las áreas económicas. Un ejemplo de ello es que una crisis bancaria no es necesariamente lo mismo que hablar de una crisis fiscal. Ocurre de igual

modo en otros terrenos: una crisis del sector inmobiliario no tiene por qué implicar una crisis industrial, ni una crisis laboral es sinónimo de una crisis monetaria. Cuando se produce una crisis de desarrollo, como veremos, implica algo muy distinto que una crisis por especulación financiera.

A veces, pueden tener superficies de contacto o analogías, pero no siempre son lo mismo. Porque si bien una crisis económica implica algo ciertamente vital para las sociedades contemporáneas, en la literatura sobre el tema no existen muchos consensos sobre qué debemos entender con respecto a lo que es una crisis económica, cuáles son sus causas o cómo evitarlas. Parece ocurrir de manera equivalente a lo sucedido con Sócrates en filosofía: este solía jactarse de decir “solo sé que no sé nada”. Y en economía por momentos parecemos tener la misma certeza cuando de crisis económicas se trata, ya que a pesar de ser tan grandes e importantes, puesto que de ellas dependerá que algunos gobiernos sean reelectos, las personas puedan conservar sus puestos de trabajo, vivir mejor o incluso comer diariamente, las divergencias con respecto a cómo entenderlas son grandes. El economista Paul Samuelson lo resumía al decir que “lo que sabemos en cuanto a la crisis financiera mundial se trata es que no sabemos mucho”. Por lo que, finalmente, el saber socrático y el económico no parecen estar tan alejados después de todo.

Específicamente en las sociedades contemporáneas, esto es todavía más cierto. En tiempos previos a la modernidad, alguna peste generalizada, invasión o sequía era un elemento central del ordenamiento productivo, afectando profundamente el funcionamiento económico, lo que generaba parálisis, hambrunas y conflictos. Hoy por hoy, si bien algunas de estas situaciones todavía pueden tener

repercusiones, no suelen ser consideradas los epicentros o los factores explicativos más importantes a la hora de abordar las crisis económicas, ya que en el capitalismo el movimiento de la economía opera de manera muy distinta a la de antaño.

En este sentido, fue el marxismo la tradición de pensamiento que más y mejor analizó en sus estudios la dinámica de desenvolvimiento del capitalismo. Allí, Marx dictaminó que existían básicamente dos tipos de crisis económicas. Por un lado, las crisis típicas del capitalismo, las cuales se debían a problemas de realización de la ganancia. Ellas se producían cuando la competencia intercapitalista era tan despiadada que hacía disminuir el promedio de la tasa media de los beneficios, dificultando la valorización del capital y, con ello, desencadenando crisis periódicas, entre ciclos de expansión, contracción, absorción y concentración económica. Dichas crisis, bajo estas dinámicas, solían generar dos tipos de consecuencias. La primera es la tendencia hacia las concentraciones, fusiones y adquisiciones de las empresas, generando compañías cada vez más grandes y con características monopólicas en los diferentes sectores económicos. La segunda fue señalar que eran precisamente estas crisis también las que le generaban su propio vigor al capitalismo, pues este funciona, paradójicamente, como un motor de “destrucción creadora”, que para dinamizarse permanentemente debe revolucionarse e innovar técnicamente: crear nuevas mercancías, productos y mercados, expandiéndose vitalmente. En consecuencia, capitalismo, crisis e innovación serían términos inescindibles y sistémicos, los cuales para el marxismo estarían estrechamente vinculados.

Por su parte, el segundo tipo de crisis capitalista pregonado por el marxismo no era de tipo económico sino más bien político, y se refería al colapso final del sistema, por lo que esta solo podría operar por vía revolucionaria.

Desde el otro extremo ideológico, llamativamente, las crisis suelen ser entendidas de forma similar. Porque para las teorías ligadas al liberalismo, ya sea desde su perspectiva neoclásica, marginalista, neoliberal o austriaca, todas coinciden en que las crisis económicas son también inherentes al sistema. Aunque, claro, si bien pueden acordar con Marx en esto, no suponen ni alientan el final del capitalismo. Es que en este caso, con optimismo, benevolencia y cierta ingenuidad, suponen que las crisis no deben ser vistas como un problema económico que considerar, sino más bien como una solución. Aquí se cree que, si bien las libres fuerzas del mercado pueden ser a veces atolondradas y caóticas -ya que actúan sin planificación, pudiendo generar desviaciones de los puntos óptimos en las asignaciones de recursos-, también suponen que las crisis son el medio de limpiar cualquier distorsión.

En efecto, bajo este esquema teórico se supone que, en el ímpetu o frenesí que se da con la expansión del libre mercado, se crean y multiplican empresas, muchas de ellas ineficientes, poco competitivas y que terminan saturando mercados. Con lo cual, las crisis acabarían solucionando todo: así como un *crack* puede sanear la bolsa -sacando toda la espuma del exceso de expectativas en los precios-, las crisis realizarían una suerte de selección natural que les permitiría solo a las empresas más eficientes sobrevivir. En un modelo de mercados perfectos como el que suponen (con productores y consumidores atomizados, información total y transparente, sin intervención estatal), la mano

invisible hace su trabajo sola. Así las crisis limpiarían y resolverían: harían que se adecuen los precios (forzándolos a la baja o hasta el nivel que vuelva atractiva su demanda o una nueva oferta), obligarían a que se ajusten las cantidades requeridas (eliminando la sobreproducción) y que todo funcione finalmente según corresponda.

No está de más recordar lo sucedido después del *crack* financiero de Wall Street en Estados Unidos, luego de 1929. Allí, el secretario del Tesoro norteamericano, Andrew Mellon, era considerado uno de los economistas “liquidacionistas” que celebraban sin grandes preocupaciones lo que había ocurrido, pues que la crisis en algún momento irrumpiera no solo era lógico, sino incluso conveniente. Un medio de prensa de aquel momento señalaba:

Los ‘liquidacionistas del dejarlo-en-paz’ encabezados por el secretario del Tesoro Mellon [...] pensaron que el gobierno debe mantenerse al margen y dejar que la crisis se extinga por sí sola. El señor Mellon sólo tenía una fórmula: ‘liquidar el trabajo, liquidar las existencias, liquidar a los agricultores, liquidar la propiedad inmobiliaria’ [...] Sostenía que incluso el pánico no era algo del todo negativo. Dijo: ‘Purgará la podredumbre del sistema. Los elevados costes de la vida y el alto nivel de vida descenderán. La gente trabajará con mayor ardor, vivirá una vida más moral. Los valores se ajustarán y los empresarios recogerán los restos de los menos competentes’ (Citado en Bradford DeLong, 1990: 2 y 5).

Fue precisamente esta visión darwiniana del proceso económico y de las crisis la que terminó por provocar una de las peores crisis capitalistas de la historia y que sirvió como caldo de cultivo a los diversos autoritarismos y totalitarismos en el mundo. Como, a su vez, fue la crisis de los años 30 la que permitió que también naciera el keynesianismo como alternativa teórica y viniera, de alguna manera, al rescate del capitalismo. Pues el punto central de

la objeción de Keynes a los liberales más extremos era que las crisis y los procesos de ajuste del mercado podían no tener fin: miserias sociales, humanas y empresariales podrían continuar por siempre en un círculo vicioso y que, como ocurría en aquel momento, podían destruirlo todo. Por ello el Estado no solo debía intervenir para revertir el ciclo contractivo, sino que también debía regular y promover el bienestar social. El capitalismo dejado a su propia dinámica era peligroso y sumamente dañino. Es decir, no solo llevaba consigo las semillas de su propia autodestrucción y crisis, sino que sin ayuda no sería capaz de obtener solución alguna frente a ellas, generando en consecuencia las bases para el malestar de la población (con hambre, miseria y desempleo al por mayor), y provocando, tal cual Marx anticipó, su crisis terminal.

Argentina y sus crisis: tres modelos y un solo problema

Debido a las diversas posturas teóricas, no existe una definición única de crisis económica. Aunque podemos aproximarnos en algunos aspectos para entender el recorrido de este libro. Por empezar, debemos decir que la economía de un país nunca es estática, sino que tiene ciclos: tanto de expansión como de contracción. Así, cuando el nivel de actividad se contrae al menos dos trimestres seguidos, hay acuerdo mayoritario en decir que dicha economía está en recesión.

Ahora bien, una crisis económica no es necesariamente una recesión, ya que resultaría dudoso llamar propiamente como crisis económicas a todas las recesiones de la historia del país, aun cuando muchas de ellas hayan sido

significativas, como las de 1880, 1901 o 1937. Aunque, sin duda, interrumpieron el ciclo económico, generaron un freno en la actividad y hubo algunas voces de alarma, la cosa no pasó de allí.

En otro orden, como las crisis están fuertemente asociadas a la incertidumbre o a la duda de la continuidad de las políticas económicas vigentes, cuando las condiciones políticas se ven sacudidas también solemos asociarlas con las crisis. Pero este tampoco es el caso, pues si bien existe una relación a veces muy estrecha entre las crisis políticas y las crisis económicas, dado que el malestar económico genera malestar social y siembra con ello el terreno para los cambios políticos, esto no siempre es así. Por ejemplo, existieron importantísimas crisis políticas en el país sin darse una crisis económica, como en 1905 (revolución radical que secuestró al vicepresidente), 1919 (Semana Trágica) o 1969 (Cordobazo). De manera inversa, existieron crisis económicas sin crisis política, como en 1866, 1913, 1951 o 1995. Incluso más, en ciertas ocasiones las crisis económicas pudieron fortalecer a los presidentes y al ciclo político que dirigían, al hacer que dichos líderes se presenten ante la sociedad como “garantes del orden”, como lo ejemplificó Menem en la “crisis del Tequila” de 1995. Un historiador señaló que Menem “lograría su reelección gracias a esa crisis, más que a pesar de ella” (Novaro, 2009: 473).

Con todo, y para complicar aún más la cuestión, lo contrario también se verifica. En muchos casos, las crisis políticas y las económicas se retroalimentaron mutuamente, como en 1890, 1930, 1975, 1989 o 2001, momentos en los que es difícil hablar de una crisis únicamente económica o únicamente política, y donde ambas dimensiones estuvieron fuertemente vinculadas. De

igual modo, no es posible asociar a todas las crisis argentinas con grandes devaluaciones, como muchas veces se lo hace, pues importantes subas del tipo de cambio se produjeron sin que existiera crisis alguna (como en 1967 o 2016) y, a la inversa, crisis significativas (como las de 1866, 1951, 1995 o 2008) no tuvieron perturbaciones cambiarias.

Por su parte, debemos agregar un dato más, quizás el más importante de todos, y que será la guía principal con la cual se estructurará este libro. Se sostendrá que no todas las crisis económicas en el país ocurrieron por las mismas causas ni tuvieron las mismas dinámicas. Con lo cual será vital estudiarlas, distinguirlas y entender en qué se parecen y en qué se diferencian cada una de ellas. En este sentido, la hipótesis central de este trabajo es comprender que existen básicamente tres tipos de crisis económicas en el país, que en líneas generales se corresponden con los tres grandes modelos económicos de la historia argentina: el modelo agroexportador (1860-1930), el modelo de industrialización por sustitución de importaciones (1930-1975) y el modelo de valorización financiera (1975 a la actualidad).

Con todo, además de señalar esta importante diferenciación entre tres tipologías de crisis existentes –y más allá de las especificidades propias de cada caso puntual–, lo que sí se notará es que en todas las crisis siempre irrumpió el mismo problema como factor central: el sector externo de la economía fue el determinante. Es decir, a pesar de que se abordará lo sucedido en más de un siglo y medio de la historia del país, se notará que no existió ninguna crisis que no estuviera vinculada a los problemas externos, lo que indica una invariante central y característica de la Argentina que es necesario estudiar con detenimiento.

Esto no quiere decir que el enfoque al que se recurrirá sea monocausal, sino al contrario. Se buscará hacer un abordaje amplio y múltiple, puesto que en las crisis intervienen muchos elementos: tanto factores contextuales como los ciclos externos y el influjo de la economía mundial (con los consabidos impactos que producen los cambios de los precios de los productos de exportación argentinos, modificaciones de las tasas de interés internacionales, auges e interrupciones de los flujos financieros, etc.), los determinantes recurrentes (cuellos de botella, desequilibrios productivos, problemas de balance de pagos, sectores beneficiados o perjudicados con los cambios de condiciones), los problemas sectoriales que suelen reajustarse en periodos breves (déficits públicos, corridas bancarias, sequías, inundaciones, tipos de cambio atrasados) e incluso su conjugación con factores políticos y sociales de distinto tipo como los antes mencionados (revueltas populares, golpes de Estado, resultados electorales).

Siguiendo este punto, devendrán centrales también las temáticas propias del funcionamiento económico argentino en relación con las crisis: qué causas y efectos se hallan ligados a las devaluaciones en el país, cómo opera el sistema de precios, cuál es el rol ocupado por las rentabilidades sectoriales, cómo se construyen y deterioran los equilibrios macroeconómicos, qué sectores son los primeros en reaccionar (y gracias a qué) en los periodos de expansión, cuál es el lugar de los consensos, conflictos y “empates” hegemónicos en las políticas económicas, o incluso también preguntas de la estructura económica bajo la mirada de la integración regional: ¿es comparable lo que sucede en la Argentina con los países vecinos? ¿la integración es un factor de estabilización, de contagio o es

neutro? ¿por qué hay países en condiciones similares a las de la Argentina en la región que, sin embargo, no se ven afectados de la misma manera?

De este modo, se podrán contrastar algunos énfasis interpretativos y teóricos que disputan entre sí los abordajes para explicar los puntos señalados, ya que, según cada crisis, hay interpretaciones liberales, marxistas, keynesianas, regulacionistas, estructuralistas, neoliberales y demás que se ponen en conjunción con modelos económicos específicos, como pueden ser las lecturas dependentistas, las burbujas especulativas, las expectativas autovalidadas, saturaciones por sobreendeudamiento y otros tipos similares. Todos estos elementos también habilitan a veces análisis de larga duración y las perspectivas comparadas para conocer las invariantes con las que suele chocar el país una y otra vez, intentando introducir las series temporales para abordar la estructura y dinámica de la economía argentina, como el uso de la teoría de los ciclos de negocios, lógicas ligadas a los ciclos de *stop and go*, secuencias operadas en base a la dinámica del capitalismo en sí –como podría pensarse los ciclos de Kondratiev– o, incluso, planteos relacionados con los ciclos de auge autocorrectivos.

Veremos que a veces las crisis tardan en ocurrir o llegan más tarde de lo que se espera. Pero después suele pasar que irrumpen de manera fulminante y mucho más rápido de lo presupuesto, pues por su propia dinámica los tiempos de crisis activan lógicas y temporalidades específicas. Se ponen en acción las tensiones sectoriales, las pujas distributivas y los debates doctrinales e ideológicos sobre qué hacer al respecto. Las crisis, como dijimos, son a veces coyunturas de cambios en las cuales las dinámicas económicas se vuelven inestables, inciertas y sujetas a una

evolución conflictiva. Su propia dinámica hace que a veces operen de manera poco significativa en algún sector (aunque, como veremos, para el caso argentino siempre el responsable es el sector externo) y poco a poco sus consecuencias se vayan trasladando al resto de los sectores económicos, hasta tensar a la totalidad de la economía poco después.

El recorrido propuesto

A lo largo del libro se analizarán en total dieciséis crisis económicas durante los 160 años comprendidos entre 1860 y 2020, lo que nos da un promedio de ocurrencia de una crisis cada 10 años. Sin embargo, por cuestiones que se irán viendo a lo largo de los diferentes capítulos, existen periodos mucho más propensos a la ocurrencia de las crisis que otros. Para evitar ambigüedades, esencialmente aquí se analizarán las crisis desde el punto de vista macroeconómico, en el cual se verán las interrupciones de las dinámicas vigentes hasta entonces, poniendo en riesgo el funcionamiento del total de la economía, considerando esencial tener en cuenta las cuestiones sectoriales, sistémicas y contextuales.

A pesar de la importancia que radica en un estudio sistemático de las crisis económicas argentinas y de la centralidad del tema, la bibliografía dedicada a estudiarlas es realmente muy pobre en el país. Porque, en todo caso, han existido análisis de todas las crisis pero solamente como casos puntuales, sin establecerse un abordaje global o metódico. Solo encontramos cuatro excepciones a esta regla.

El primer estudio que buscó repasar las distintas catástrofes económicas argentinas e intentar dar algunas

explicaciones al respecto fue en 1914, cuando Juan Álvarez, uno de los mejores historiadores económicos que tuvo la nación, publicó su libro *Las guerras civiles argentinas*. En la introducción de su trabajo, Álvarez (2001: 37) explicaba:

“Por falta de método en los estudios, el pasado argentino aparece como un confuso amontonamiento de violencias y desórdenes, y es general la creencia que millares de hombres lucharon y murieron en nuestros campos por simple afección hacia determinado jefe y sin que causa alguna obrara hondamente sobre sus intereses, sus derechos o sus medios de vida habituales [...] Es como si se confundiese el detonante con la sustancia explosiva”.

El abordaje de Álvarez, además de pionero y de mucha calidad, es bastante complejo: a través del estudio del medio geográfico, territorial, tecnológico, fiscal, monetario, militar y de las perturbaciones externas, va conjugando un rico despliegue y secuencias sobre los conflictos sociales y principales enfrentamientos armados a lo largo del siglo XIX en la Argentina. Un tópico al que volvería en su trabajo de 1927, *Estudio sobre la desigualdad y la paz*. Con todo, a pesar de los muchos aciertos y lo adelantado de su planteo, Álvarez tal vez cometa un error capital al querer analizar las perturbaciones económicas para explicar las guerras civiles en el país. Así, a veces con ciertas inclinaciones hacia el determinismo, las lógicas de las crisis económicas quedan subordinadas a explicar las crisis de la política¹.

Poco más de medio siglo después del trabajo de Álvarez, Juan Dalto publicó en 1967 *Crisis y auge en la economía argentina*, un libro que, si bien en su título promete estudiar las crisis en nuestro país, en realidad nunca lo hace. Más bien, la propuesta de Dalto es analizar los distintos periodos económicos del país y entrelazarlos con los ciclos de Kondratiev.

Un tercer libro para considerar es el trabajo de Antonio Brailovsky, publicado en 1982, llamado *1880-1982 Historia de las crisis argentinas*. El trabajo de Brailovsky, aunque intenta tratar con seriedad y sistematicidad el tema, resulta muy pobre en sus aportes. Por empezar, porque deja algunas crisis de lado (como la de 1866 o la de 1885) u otorga un lugar muy acotado a algunas otras (como a la de 1963). A su vez, comete importantes errores históricos (como confundir elementos de la crisis de 1866 con la de 1873, o postular el cierre del Banco Nacional más de 15 años antes de ello). Aunque, sin duda, su debilidad más importante es el tipo de enfoque propuesto, ya que su abordaje es episódico y desconectado, como si cada crisis ocurriera de forma imprevista, aislada y sin hallar algún patrón sistemático explicativo, puesto que no da diferenciaciones internas al tema o tipologías. Con todo, el trabajo de Brailovsky, a pesar de sus límites, concluye algo similar a lo que intentaremos plantear aquí, señalando:

“Hemos visto que en los últimos cien años, todas las crisis económicas en la Argentina se iniciaron con dificultades en el sector externo. La escasez de divisas (provocadas por una sequía, una crisis internacional o la baja de nuestros precios de exportación) obligaba a una política de austeridad hasta recomponer esas reversas de divisas, política que siempre traía consecuencias recesivas” (1982: 174).

Pero, además, al abordar la crisis de 1980-1982, producto de la política neoliberal de Martínez de Hoz, notará algo disruptivo y un cambio con respecto a lo sucedido con las crisis hasta entonces, diciendo: “Esta vez no se trata de una crisis importada [...] estos problemas aparecieron y parecen ser consecuencia de una cierta política económica antes que causa de ella”, señalando que ahora “la cuestión más difícil es la del endeudamiento

externo” (ib.). Por lo que la dinámica que implicó la aparición de las políticas neoliberales en nuestro país ya empezaba a ser identificada como una nueva forma de operar para las crisis.

El último trabajo a considerar es el de Miguel Kiguel, publicado en 2015, y que sin duda representa un avance con respecto a algunos planteos anteriores, pero también retrocesos. Con respecto a los avances, es de destacar que es el primero en ensayar algún tipo de sistematización sobre el tema, señalando la existencia de tres modelos de crisis económicas en el país: las crisis de balanza de pagos, las crisis que llama macrofinancieras y, por último, distingue a la hiperinflación como un tercer tipo. Hasta aquí, en líneas generales, aun con puntos opinables, es posible coincidir con el planteo de Kiguel. Sin embargo, su libro tiene igualmente varias dificultades que lo diferencian del nuestro.

Por empezar, su libro deja totalmente de lado las crisis del modelo agroexportador, a las que ni siquiera menciona o considera. Y esta omisión no es simplemente anecdótica o de tipo histórico, sino que se vincula directamente con el problema central del abordaje de Kiguel. Pues este, a pesar de hacer por momentos señalamientos de gran agudeza, otras veces se aferra dogmáticamente a sus planteos teórico-ideológicos, lo que le impide realizar discriminaciones mayores o soltar ciertos presupuestos analíticos. Es decir, Kiguel adopta una postura deliberadamente neoliberal en sus premisas y con ello sus preocupaciones se terminan orientando solamente a criticar el déficit fiscal, ubicar como gran problema económico a la inflación o a la emisión monetaria y abogar por la liberalización financiera y la desregulación. En consecuencia, toda desviación de las posiciones ortodoxas

es asimilada al populismo y con ello condenada de antemano, sin avanzar mucho más al respecto. El estudio histórico o económico queda muy empobrecido por esta razón.

A su vez, el resultado final de su libro –y tal vez el descuido más importante– es que las explicaciones sobre las crisis muchas veces no logran tener en cuenta las implicancias del sector externo en una economía tercermundista como la argentina. De esta manera, el haber dejado de lado el análisis de las crisis durante el modelo agroexportador no resulta un planteo menor en el esquema analítico de Kiguel, ya que en dichas crisis es difícil pensar que las causas de las mismas hayan tenido que ver con el déficit fiscal, algún problema de disciplina monetaria, la regulación de precios o la falta de “seguridad jurídica”, como a veces aduce, y que peyorativamente llama medidas “populistas”. De haber analizado lo sucedido con las políticas liberales durante ese periodo, y que son las que él pregonaba pero que de todos modos no lograron evitar las crisis allí, seguramente habría estado obligado a replantear todos sus postulados. En consecuencia, sin considerar al sector externo y las vulnerabilidades a ello asociadas, y que representan las marcas de ser un país periférico, su libro demuestra tener grandes problemas teóricos y empíricos².

En función de los autores revisados, y más allá de los antecedentes que implicaron, este será el primer libro que busque hacer un abordaje de la totalidad de las crisis económicas argentinas desde la unificación nacional hasta la actualidad. De este modo, el recorrido propuesto para hacerlo será el siguiente. En el primer capítulo analizaremos el Modelo Agro-exportador (MAE) y las seis crisis que implicó (1866, 1873, 1885, 1890, 1913 y 1930).

En el capítulo dos, se abordará la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), sus lógicas de funcionamiento y las cuatro crisis que atravesó dicho modelo (1951/52, 1959, 1962/63 y 1975). El tercer capítulo será destinado a estudiar las seis crisis más contemporáneas a nosotros, ligadas a la Valorización Financiera (VAFI) y al neoliberalismo (1981/82, 1989, 1995, 2001, 2008 y 2018/19). En un cuarto capítulo, se buscará desarrollar una mirada global en la que se pueda caracterizar mejor la tipología propuesta, realizando un análisis comparado y profundo sobre las crisis argentinas y sus explicaciones, con la incorporación de elementos sociológicos y políticos, para llegar a la conclusión de que las crisis son, entre otras cosas, un dispositivo de poder. Finalmente, el libro cerrará con algunas conclusiones.

Este libro se escribió con una convicción y esta es que, sobre las crisis económicas, solo existen dos alternativas: o bien comprenderlas para evitarlas o bien estar condenados a repetirlas. Por eso, el anhelo de fondo de este escrito es poder reflexionar sobre nuestras debacles e inestabilidades permanentes con el objetivo de que algún día tengan fin. Ya que, si el diagnóstico y los planteos son correctos, tal vez podamos aprender algo sobre nuestro pasado permitiéndonos con ello construir un futuro mejor.

Buenos Aires, diciembre de 2019³

¹ Sobre la genial obra de Álvarez han existido diversos estudios, entre los que se puede consultar los de Gianello (1957), Barba (1978), Halperín Donghi (1996), Bazán (1998) y Cortés Conde (2001).

2 Otro de los hechos más llamativos del libro de Kiguel, y que tal vez explique lo sesgado y pobre de su enfoque, es que en la bibliografía que cita hay muy pocos estudios nacionales sobre la historia económica argentina. Prácticamente todas sus referencias son extranjeras –la mayoría en inglés–, de la misma perspectiva teórica y ni siquiera son estudios que aborden el caso argentino. Esto es un claro indicador de las limitaciones ideológicas y epistémicas que después veremos que existen para abordar los problemas argentinos: se repiten los manuales y concepciones elaboradas en los países centrales, ignorando las cuestiones puntuales de la realidad económica local, por lo que se permanece ciego y sin aprender lo que ocurre en el país.

3 Dado que este libro se terminó de escribir a fines de 2019 no se ha podido incorporar el terrible impacto que la pandemia del Covid-19 declarada en el mundo a principios de marzo de 2020 afectará en la economía. Para paliar los efectos en la Argentina en el segundo bimestre del año, las primeras medidas tomadas por el gobierno local fueron establecer precios máximos para productos de limpieza y alimentos, prohibir despidos por sesenta días, presentar un amplio programa de ayuda económica y asistencias sectoriales para empresas y personas, como propugnar por aprobar un impuesto extraordinario sobre los sectores más ricos. La situación heredada del macrismo ya era muy delicada: se recibió una economía en caída libre, con déficit fiscal, inflación acelerada, sobreendeudada y en default. El país se había quedado sin acceso al crédito externo desde hacía dos años y la recaudación – con la pandemia– empezó a caer más rápido que la actividad. Además, el FMI denegó un desembolso aun para palear esta delicada situación y la renegociación de la deuda en moneda extranjera debió ser redefinida varias veces. Con todo, las proyecciones iniciales no son nada buenas: desempleo en aumento, caída salarial, incremento de la pobreza y desmoronamiento económico, resintiéndose el comercio exterior y la distribución de los ingresos. Este temblor en el mundo pone a la Argentina en una nueva crisis económica; episodio que solo podrá analizarse en futuras ediciones de esta obra.